

ALAN GARCÍA



PIZARRO, EL REY DE LA BARAJA

- Política, confusión y dolor en la conquista -

PIZARRO, EL REY DE LA BARAJA

POLÍTICA, CONFUSIÓN Y DOLOR EN LA CONQUISTA

ALAN GARCÍA



PIZARRO, EL REY DE LA BARAJA

- Política, confusión y dolor en la conquista -



Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 216 y siguientes del Código Penal).

La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

Pizarro, el rey de la baraja

Política, confusión y dolor en la conquista

© 2022, ALAN GARCÍA

Coordinación de edición: Carla García

Corrección de estilo: María Fernanda Méndez

Diseño de portada: Departamento de Arte y Diseño
de Editorial Planeta Perú

Diseño de interiores: Susana Tejada López

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Perú S. A.

Av. Juan de Aliaga N.º 425, of. 704, Magdalena del Mar
Lima, Perú

WWW.PLANETADELIBROS.COM.PE

Primera edición: septiembre 2022

Tiraje: 3000 ejemplares

ISBN: 978-612-319-774-2

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N.º 2022-07230

Impreso en Litho Mass Arte S. A. C.
Calle Nicolás Copérnico N.º 236, San Miguel

Lima-Perú, septiembre 2022

*A la gloria de Chalcuchímac,
el más leal, el mejor guerrero,
que fue entregado por Atahualpa,
torturado por los Pizarro
y condenado por los orejones;
que no aceptó un nuevo dios
y murió altivo en la hoguera
invocando a Pachacamac.*

CRONOLOGÍA

1492	Llegada de Cristóbal Colón.
1502	Pizarro desembarca en la isla de La Española.
1513	Vasco Núñez de Balboa y Francisco Pizarro descubren el océano Pacífico.
1519-1521	Hernán Cortés conquista México.
1524-1525	Primer viaje al sur hasta las costas de Colombia.
1526	Pizarro, Almagro y Luque se asocian en la Compañía del Levante.
1526-1528	Segundo viaje hasta Tumbes y el río Santa.
1528	Huayna Cápac muere de viruela.
1528-1529	Pizarro viaja a España. Capitulaciones de Toledo.
1530	Inicia la guerra entre Huáscar y Atahualpa.
1531-1532	Tercer viaje. Llegada a Tumbes. Captura de Atahualpa.
1533	Ejecución de Atahualpa. Pizarro llega en noviembre al Cusco. Muerte de Chalcuchímac.
1534	Llegada de Pedro de Alvarado al Perú.
1535	Fundación de Lima.
1536	Insurrección de Manco Inca.
1537	Al retorno de Chile, Almagro toma el Cusco. La última entrevista en Mala.

- 1538 Batalla de Las Salinas. Ejecución de Almagro.
- 1540 Prisión de Hernando Pizarro en España.
- 1541 Asesinato de Francisco Pizarro en Lima.
- 1544 Rebelión de Gonzalo Pizarro contra las Nuevas Leyes de Indias.
- 1548 Ejecución de Hernando Pizarro.

UNA REFLEXIÓN TEÓRICA INICIAL

Sistema de acción política y sistema social

En su oda «Los caballos de los conquistadores», José Santos Chocano, el poeta modernista peruano, reivindicó y enalteció el rol del caballo en la conquista. Escribió: «¡Los caballos eran fuertes!, ¡Los caballos eran ágiles! / Sus pescuezos eran finos y sus ancas / relucientes y sus cascos musicales... / [...] ¡No! No han sido los guerreros solamente / de corazas y penachos y tizonas y estandartes, / los que hicieron la conquista / de las selvas y los Andes».

Versos más abajo dice: «Y es más digno todavía / de las Odas inmortales, / el caballo con que Soto diestramente / y tejiendo las cabriolas como él sabe, / causa asombro, pone espanto, roba fuerzas / y, entre el coro de los indios, sin que nadie / haga un gesto de reproche, llega al trono de Atahualpa / y salpica con espumas las insignias imperiales».

Luego señala: «Todos tienen menos alma, / menos fuerza, menos sangre, / que los épicos caballos andaluces / en las tierras de la Atlántida salvaje, / soportando las fatigas, / las espuelas y las hambres, / bajo el peso de las férreas armaduras / y entre el fleco de los anchos estandartes, / cual desfile de heroísmos coronados / con la gloria de Babieca y el dolor de Rocinante...».

Parafraseemos el poema contradiciendo al poeta. No, no solamente fueron los caballos, pero tampoco la pólvora o el hierro los que hicieron la conquista. Tal vez su principal y verdadero instrumento fue la capacidad política de Pizarro, quien, con ella, se convirtió en un rey de hecho sobre este inmenso territorio donde el oro no tenía valor para millones de campesinos indígenas, pero sí lo tuvo para el pequeño grupo europeo que, en el juego de la baraja y los dados, ganó y perdió, una y otra vez, inmensas riquezas. Y quizás, a través de ese juego, Pizarro aprendió y ejercitó un sistema o programa de acción política y con él construyó, poco a poco, el sistema material de la sociedad, que era su objetivo.

La acción política de un personaje es el conjunto de decisiones, proyectos, motivaciones, relación con los otros, e inclusive la imagen que tiene de sí mismo y la imagen que quiere proyectar ante los otros: un conjunto que el actor totaliza permanentemente como una estrategia para alcanzar y ejercer el poder. Por consiguiente, tiene las características de un *sistema de acción*; es decir, una pluralidad de elementos interdependientes, en interacción, vinculados por reglas lógicas, que reacciona como un todo ante el exterior y que no se reduce a la suma de sus elementos. Sus partes, las conductas y las reglas que las orientan mantienen una coherencia esencial tanto hacia el exterior, para cumplir sus finalidades, como hacia el interior, buscando estabilidad y equilibrio entre sí. Es una estrategia, un plan estructurado, durable y dinámico para actuar. Esto no significa que todo funcione adecuadamente en ese sistema o que todos los elementos contribuyan eficazmente a la acción del conjunto. Hay efectos no deseados, imprevistos, disfunciones, entre otros, pero el actor busca permanentemente *totalizar*, es decir, integrar y consolidar las partes de su acción como un conjunto eficaz. Esa es la función de homeostasis o equilibrio dinámico de la conciencia individual o la propiedad de autorregulación de los sistemas.

En este trabajo seleccionaremos algunas de las reglas políticas o normas con las que Pizarro actuó constantemente y que son parte de su sistema de acción política. ¿Fue consciente de la totalidad y la integración de este? Seguro lo fue con cada elemento o regla de acción, mas no

sabemos si lo fue del conjunto. Lo cierto es que, aplicándolo, tuvo un éxito rotundo, aunque también fue así por la incapacidad de los otros actores en juego. Anotemos desde ahora que, en la medida en que un actor político es consciente del sistema de conexión de todas sus reglas de acción, su desempeño se hará más eficaz. De hecho, Pizarro fue el único gran estratega en el grupo español, en el cual solo existieron algunos tácticos. En el campo indígena sobresalen Chalcuchímac como político y Rumiñahui como estratega, aunque su propuesta de guerra no fuera aceptada por Atahualpa. Este, una vez prisionero, intentó desplegar una estrategia inteligente pero tardía, y en inferioridad de condiciones. Sus otros capitanes fueron esencialmente tácticos.

La diferencia es sustantiva, pues, como señaló Carl von Clausewitz (1999, libros 1-3), la táctica usa el movimiento militar en las batallas, pero la estrategia usa las batallas para la guerra integral, y el fin de esta no es la mera eliminación del adversario, sino el forzar al enemigo a cumplir la voluntad del estratega.

Pizarro buscaba construir un reino material, un sistema territorial y social organizado, un sistema material con un espacio geográfico (Estado) en el que le correspondiera el rol de definir los fines colectivos (Política) y donde tuviera el poder de obligar a los otros a cumplir tareas para esos fines (Autoridad). Y para lograrlo utilizó un sistema de acción política coherente. En este libro pretendemos estudiar la dimensión psicológica y estratégica de la política y ordenar las reglas, conductas, cálculos y motivaciones que Pizarro utilizó, conscientemente o no, para crear su reino o sistema material.

Y veremos cómo el sistema de reglas que guio las acciones de Pizarro cumplió hacia los demás actores y hacia sí mismo las funciones que todo sistema de acción social debe tener, según Talcott Parsons (1937). Esas funciones son la *adaptación* respecto al exterior, precisión de los *fines*, la *integración* de sus partes y la *motivación* a través de valores y justificaciones. Además, el sistema de acción política de Pizarro ejerció las funciones que han estudiado Gabriel Almond y Bingham Powell en su obra *Comparative Politics Today* (Almond *et al.*, 2000): la regulación, la extracción de recursos para su funcionamiento, la distribución

de bienes y honores, la expresión y suma de intereses, la elaboración de reglas, la aplicación de estas y, además, el reclutamiento político.

Todos estos conceptos —que provienen de autores como Bertalanffy (Ramírez, 1999), Parsons (1937), Almond *et al.* (2000), Easton (1953), entre otros— permiten ordenar y pensar de manera adecuada los datos y reglas que, de forma aislada, serían incomprensibles o inútiles para analizar integralmente la conducta política del actor. Esas nociones son parte fundamental de la ciencia política y son, además, su conexión con la psicología social y con la historia.

Por ejemplo, para superar el empirismo de los hechos aislados y demostrar la interacción de las reglas y conductas de Pizarro, podemos ordenarlas de acuerdo con el modelo propuesto por Talcott Parsons en su célebre obra *La estructura de la acción social* (1937). Para este sociólogo, la acción humana presenta las características de un sistema porque organiza las relaciones de interacción entre el actor y su situación. Pero añade que un sistema, para existir y mantenerse, debe cumplir, por lo menos, las cuatro funciones elementales ya mencionadas. Primero, *adaptarse* al medio exterior y buscar recursos en él para la acción; segundo, buscar y definir los *objetivos* de la acción; tercero, mantener la *integración* y la coherencia de sus elementos y, finalmente, *motivar* la conciencia de cada actor con los valores y fines que impulsan el sistema.

Parsons presenta esas funciones ordenándolas en una tabla, según si se trata de medios o fines o si son relaciones hacia el exterior o hacia los elementos internos, y lo hace de la siguiente manera:

	Medios	Fines
Relación con el exterior	Adaptación	Búsqueda de fines
Relación con elementos internos	Motivación	Integración

Utilizando este esquema, podemos ordenar las reglas de acción política que siguió Pizarro y que estudiamos en los quince capítulos del texto, pero agrupándolas dentro de cada una de las cuatro funciones. Por ejemplo,

forman parte de la función de *adaptación* la constancia (Capítulo I), la legitimidad (Capítulo III), promover la confusión del adversario (Capítulo VIII), guardar elementos de negociación (Capítulo XII) y la evasión de responsabilidades (Capítulo XV). Forman parte de la función de *búsqueda de fines* tener objetivos claros para sí (Capítulo II), el estudio sistemático de la realidad física y psicológica (Capítulos VII-IX) y la construcción de una legitimidad autónoma (Capítulo V). Pertenecen a la función de *integración* el personalizar la legitimidad (Capítulo IV) e impedir la unión de los otros (Capítulo XI). Y, finalmente, en el campo de la *motivación* se sitúan la regla de decidir y ejecutar los hechos fundamentales (Capítulo VI), y el mostrar paciencia (Capítulo XIII), entre otros.

Hacer esto nos permite ordenar y sistematizar las reglas de acción y, a través de ellas, comprender los hechos y las intenciones de Pizarro. De esta manera puede tenerse una imagen clara y objetiva del sistema de interacción entre los hechos y las reglas. De lo contrario, el análisis se mantendría en un nivel empírico de recolección de hechos aislados, obtenidos por su secuencia temporal, pero sin entenderlos por la función que cumplieron, ni por su interacción ni por el propósito que Pizarro les atribuyó.

Además, el estudio de los sistemas permite incorporar otras ideas. Ludwig von Bertalanffy, en su *Teoría general de los sistemas* (Ramírez, 1999) introdujo un concepto muy importante, el isomorfismo, es decir, la propiedad de varios sistemas de presentar formas idénticas o comparables. Ese análisis abstracto permite comprender que una célula biológica, entendida como un sistema de partes organizadas, cumple, por ejemplo, las mismas funciones sistémicas que una sociedad política. Por eso hemos distinguido antes que de un lado está el sistema material geográfico y humano que Pizarro quería crear en su gobernación y del otro lado está el sistema psicológico de acción, como un conjunto de reglas, decisiones o mensajes que explican su conducta. Son dos sistemas paralelos. ¿Logró Pizarro una exacta correspondencia entre ambos, entre sus proyectos y su realización? En gran parte sí, y creemos que esto fue resultado de su extraordinaria capacidad política.

Pero ¿dónde aprendió a organizar adecuadamente su forma de acción?

Sistema de acción política y sistema de reglas de la baraja española

Sobre este tema creemos útil señalar, aunque a primera vista pueda parecer una mera abstracción, que existe también un isomorfismo, una estructura comparable, entre el sistema de acción lúdica, es decir, las reglas del juego o entretenimiento practicado por Pizarro, y las reglas de su acción política. Ambos son sistemas, conjuntos de normas y elementos. Ahora bien, el juego es una praxis o trabajo que, en apariencia no es productivo materialmente, pero es instructivo, ejercita y enseña a formalizar el análisis. Y es posible que Pizarro, que fue analfabeto y sin ninguna cultura según los testimonios, tuviera en la baraja española, en el tresillo y en juegos anteriores de los que fue gran practicante, unos instrumentos de aprendizaje del cálculo estratégico que después aplicó, consciente o inconscientemente, en su práctica política.

Pizarro no fue un ajedrecista tal cual lo fue Napoleón. Los cronistas mencionan a otros conquistadores, como De Soto, que sí lo fueron y que, inclusive, habrían enseñado las reglas del ajedrez a Atahualpa durante su prisión. Pero Pizarro dedicaba, según los testigos, muchas horas al juego de naipes. Este, que es una suma de azar y cálculo, enseña más sobre la decisión y la audacia que sobre las posiciones en las que adiestra el ajedrez.

Las cartas señalan una jerarquía de oros, copas, espadas y bastos; es decir, legitimidad real, religión, fuerza y pueblo. Y, además, el azar en la distribución inicial de las cartas coincide con el providencialismo; es decir, con el designio incomprensible de Dios como una explicación de la historia, que era lo aceptado por los actores en el momento de la conquista. Adicionalmente, sus reglas y posibilidades son protorreglas políticas, por ejemplo, el «penetro» del cuarto jugador que no juega en el origen, pero puede intervenir posteriormente; la «voltereta» del que «entra» y decide tomar la primera carta del mazo y de esta manera determina cuál es el nuevo palo al que se jugará. También la estrategia del que se reserva, deja jugar al «contrahombre» y adopta el rol del «mingo» o tercero para saltarse el orden; o el «dar codillo» al jugador inicial mostrando las «cinco bazas»; el «jugar más» forzando la apuesta con el canje de los naipes, y más.

Todas estas reglas ejercidas cotidianamente sobre la mesa de juego ¿acaso condicionaron isomórficamente el sistema de acción política del conquistador? Es muy probable. Pero en la acción política de Pizarro distinguiremos su sistemático trueque de personas y objetivos, acumulando siempre mayor valor, y su afición a ocultar el juego de sus fines presentándolos confusamente, como en una «voltereta». Además, su regla de participar él mismo en los hechos fundamentales para sustentar su legitimidad «partiendo siempre la baraja» o en el actuar como el cuarto que, de ser un mero distribuidor de cartas, pasa a ser el nuevo jugador en el «penetro». Algo similar a esto hizo cuando, negociando con Almagro, Luque y la Corona, terminó alzándose con la mesa de las Capitulaciones de Toledo y la ganancia. Estudiando las reglas del tresillo, el lector verá cómo, cuando Pedro de Alvarado llegó sorpresivamente al Perú dispuesto a dejar sin reino a Pizarro, este, que debió hacer el rol de «contrahombre» respondiendo al juego, envió a Almagro y se reservó la respuesta, cumpliendo el papel del «mingo» o tercero en jugar, con lo que finalmente ganó las naves y los soldados de Alvarado. Como este, hay muchos y sugestivos ejemplos adicionales.

En todo caso, Pizarro, que no fue un estudiante de Salamanca como Cortés, ni un latinista como Sarmiento de Gamboa, ni un docto en contabilidad como el tesorero Riquelme, tal vez obtuvo de su larga experiencia y de su afición a la baraja española mucho de su paciencia, constancia, astucia, cálculo político y decisión. Todas estas características, articuladas en un sistema de acción política, le permitieron alcanzar, contra todo pronóstico, los objetivos que se propuso. Así pues, en este trabajo buscamos formalizar esas reglas del juego político, intentando identificar las pautas con las que el conquistador acometió sus objetivos y presentarlas sistemáticamente. Ciertamente es un análisis complicado, porque para Pizarro cada uno de los otros actores podía ser un naípe, una mano o un contrincante, o todo ello a la vez.

Por eso este libro no es una novela ni una biografía. En estas, normalmente, los hechos se presentan en orden histórico para que el lector saque las conclusiones él mismo. Aquí, por el contrario, agrupamos los hechos en torno a cada una de las reglas de acción

y de esa manera mostramos explícitamente su finalidad dentro de la estrategia integral. Por tal razón el lector encontrará cierta repetición de episodios y conceptos en los diferentes capítulos y pedimos por ello anticipada disculpa. Eso obedece a que cada uno de los hechos cumple un propósito o una función en una o en varias de las reglas de la estrategia pizarrista. Cada acción o hecho es polivalente, sirve para la adaptación al medio y al mismo tiempo puede servir para cualquier otra función, sea esta la integración o la motivación.

Por eso, un mismo hecho se explicará en varios capítulos, pero para un fin distinto; por ejemplo, la liberación de los yanaconas como creación de una nueva ciudadanía en el Capítulo V, y como medida que aumentó las contradicciones andinas en el Capítulo VIII. También la figura de Almagro al que se presentan proposiciones contradictorias (Capítulo II) y luego, en el estudio psicológico que de él hizo Pizarro (Capítulo IX); además a Huáscar, cuya vida fue un elemento de negociación (Capítulo XII) y en las imágenes confusas que recibió (Capítulo II); a Maica Huillca, cuyos hechos se estudian al tratar la soberbia de Atahualpa (Capítulo IX), pero también al estudiar la paciencia de Pizarro (Capítulo XIII).

Una advertencia final. No soy pizarrista. Diré que estoy lejos de serlo, pues no olvido que la conquista fue un proceso brutal, ni creo que el fin justifique los medios. Aquí me limito a estudiar cómo el actor tuvo la capacidad para organizar sus acciones y alcanzar sus objetivos; porque no fue el analfabeto y bárbaro elemental, ávido de riqueza, que describe su leyenda negra, como sí lo fueron muchos de sus acompañantes. Tampoco soy antipizarrista, porque ubico al personaje en su tiempo y en su mundo psicológico. Como advertía el filósofo Baruch Spinoza, el propósito es: «No reír, no llorar, sino comprender». Evidentemente, cinco siglos después, la política exige mayor transparencia moral y democracia, pero no podemos medir a Pizarro con estos criterios y menos aún en medio de su acción militar, juzgando desde ellos ahora sus técnicas para alcanzar y mantener el poder. Y no perdamos de vista que, aún hoy, cinco siglos después, los gobernantes, inclusive con propósitos loables como el desarrollo y la

justicia, agitan pasiones, ocultan las malas noticias, emiten imágenes calculadas, dosifican la oportunidad, unen sus fuerzas y dividen a los adversarios. Peor todavía: otros gobernantes pasan la línea del exceso o del crimen y usan las imágenes para destruir a los adversarios, maniobran con psicosociales o, más burdo aún, abusan del poder para exterminar física o jurídicamente a sus rivales. A veces lo logran, pero solo durante un tiempo, pues, como demuestra la experiencia de Pizarro, casi todo puede hacerse con la política y sus buenas o malas artes, menos durar para siempre.